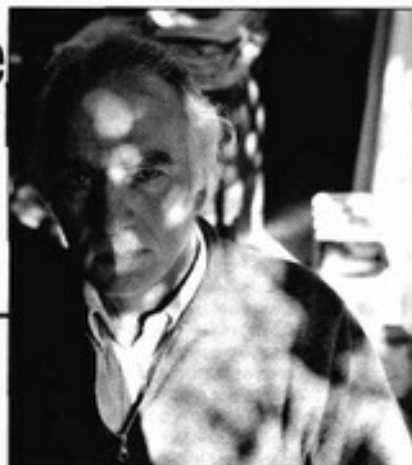




411484

Oscar Bustamante Gente de la ciudad

"SANTIAGO CAMBIA CON UNA VELOCIDAD TAL QUE LOS HABITANTES NO ALCANZAN A TOMAR CONCIENCIA DEL CAMBIO, ES MÁS FUERTE EL CAMBIO QUE ELLOS MISMOS. ESA CUESTIÓN HACE QUE LA CIUDAD SE CONVIERTA EN ALGO —VALGA LA REDUNDANCIA— CASI INCONSCIENTE. TODOS LOS FENÓMENOS ASALTAN AL CIUDADANO". POR ROBERTO MERINO FOTOGRAFÍA PABLO MARTÍNEZ



Oscar Bustamante ha pasado estos dos años dedicado a escribir *Café contado*, su último libro de cuentos, que tiene a Santiago como estructura de fondo. Se trata de una serie de relatos en que los personajes —procedentes de distintos sectores del mundo urbano— terminan con sus destinos interconectados. Un cantante micrónico de blues, un ídolo del boxeo que rodó por el arroyo, una cafetinera del centro y un aristócrata tras las rejas son algunos de los individuos que el autor ha hecho pasar de la realidad a la ficción. Bustamante es —además de escritor— arquitecto, y lleva ya más de una década de publicaciones. Entre sus títulos hay que destacar *Asesinato en la cancha de quítera*, *Recuerdos de un hombre injusto*, *Explicación de todos mis tropiezos* y *El día que se inauguró la luz*. En esta conversación empezamos hablando de la ciudad y derivamos en el campo. Chile queda suspendido entre una y otra categoría.

Has estado un par de años escribiendo cuentos santiaguinos. ¿Has sacado algunas conclusiones sobre Santiago?

Yo siento que Santiago es una ciudad que todavía no toma conciencia de sí misma, es una ciudad poco urbana, en el sentido de que todavía no se organiza a sí misma. Es una acumulación de miles de entidades sin destino común. De repente aparecen cosas, barrios que empiezan a consolidarse pero, como el chileno es un tipo muy precario, muy emigrante, nada dura. La presencia de la naturaleza es además muy poderosa. Con los terremotos vivimos en la actitud de que nada es demasiado duradero. Es una actitud escéptica, una característica muy chilena. Siempre esperamos que las cosas salgan mal, que todo se venga

guarda abajo. Los rastros de nuestra cultura arquitectónica son muy escasos, porque está hecha de tierra: el adobe. La lluvia, el temblor hace que eso desaparezca. Entonces, el chileno está como consciente de la fragilidad que lo constituye.

¿Y esto cómo se ve concretamente en la ciudad?

Lo que pasa es que Santiago cambia con una velocidad tal que los habitantes no alcanzan a tomar conciencia del cambio, es más fuerte el cambio que ellos mismos. Esa cuestión hace que la ciudad se convierta en algo —valga la redundancia— casi inconsciente. Todos los fenómenos asaltan al ciudadano, todo es una novedad. Te puedo contar una anécdota que tiene que ver con esto: un día yo me subí a una micro en la Alameda, como a las nueve de la noche, y el chofer me dice "hola, don Oscar". Era un antiguo empleado mío de Talca, con el que éramos muy amigos. Se había venido hacía diez años y estaba trabajando de chofer. "¿Adónde va?", me dice. "A mi casa". Yo vivo en Salvador con Marín: se tiró por Salvador y me fue a dejar a la puerta de mi casa. Habla ahí una especie de desadaptación o falta de conciencia de que el tipo era un chofer de micro que se debía los pasajeros. Es un fenómeno que no me imagino en Londres o en Buenos Aires. En la micro iban unas quince personas: pifaban, gritaban, le sacaban la madre. Ese era un tremendo gallo, así es que se daba vuelta y les decía: "Cállense, huevones, voy a dejar a don Oscar aquí a la esquina".

El internado debe haber sido una cuestión muy marcadora.

Yo creo que sí. Yo nací en Talca, en la casa de mi abuela, calle 1 Oriente, año 41. Estuve interno, desde los siete hasta los doce años, en el Liceo Blanco Encalada. Son los peores recuerdos de mi vida. Tenía a mi abuela viviendo a tres cuadras y yo toda la semana encerrado entre medio de unas paredes. Los colegios no eran como hoy con esa reminiscencia inglesa. Esto era unos patios de cemento con una cancha de básquetbol al medio y un edificio horrible. Después pasé cinco años interno en un colegio en Inglaterra. Yo era un chileno que llegaba allí de doce años —sin saber ni palote de inglés— a un colegio de la aristocracia católica inglesa. Esos colegios que son mucho más duros de lo que uno podría imaginar, escritos, el mundo ahí era otra cosa, inimaginable.

¿Cuán violento fue el cambio de vida?

Yo era un niño de campo y mis referencias eran los cerros de la costa, las cordilleras. Cuando chico iba con mi padre a las veranadas en la cordillera, ese especie de santuario. Entonces, fue muy impresionante subirme a un avión —artefacto del que no había estado ni siquiera cerca— y llegar a un país donde las mujeres fumaban, para empezar. Insólito: nunca había visto a una mujer fumando. Pasar de Los Cerrillos, donde había un avión y salía dos veces a la semana (estoy hablando del año 52), al aeropuerto de Londres, donde la frecuencia es una locura, ver buses de dos pisos y una ciudad que no terminaba nunca. Uno de cada cuatro edificios estaba en el suelo por los bombardeos de la Segunda Guerra: sitios erizos perfectamente limpios, pero las huellas de la guerra estaban ahí.

Oscar Bustamante, gente de la ciudad [artículo] Roberto Merino

AUTORÍA

Bustamante, Oscar, 1941-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oscar Bustamante, gente de la ciudad [artículo] Roberto Merino. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile